



Fernando Fernández Gómez  
David Martino Pérez

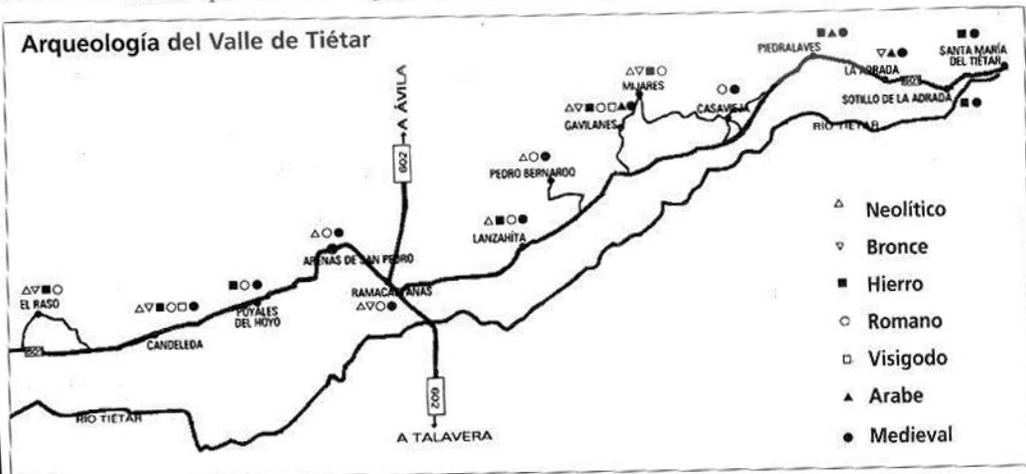
# Arqueología del Valle del Tiétar (Ávila)

## 1. Introducción

Desde el punto de vista arqueológico no podemos decir que el Valle del Tiétar haya sido intensamente investigado (González & Tejero, 1998), a pesar de que, a juzgar por su fertilidad y la bondad de su clima, el hombre debió asentarse en él en época temprana, y estamos seguros de que una mínima prospección de sus terrazas proporcionaría, como en el cercano Guadyerbas, industrias de cantos tallados y sílex del periodo Paleolítico, y algún indicio sobre la época de los primeros asentamientos humanos estables; que hemos de pensar tendrían lugar entre el 5000 y el 4000 a.C., como en otras zonas del interior de la Península. Sería el periodo Neolítico, la época en que el hombre, cansado de correr tras los animales que necesita y de comer exclusivamente los productos que la Naturaleza le ofrece espontáneamente, se da cuenta de que él sería capaz de re-

tener a alguno de estos animales, los que más necesita, por su carne, su leche, sus pieles, su capacidad de trabajo y de provocar asimismo el crecimiento de algunas plantas colocando intencionadamente en la tierra las simientes que la Naturaleza deposita en ella de manera espontánea. Pero tanto una actividad como la otra le fuerzan a detenerse, a establecerse en lugares determinados, al menos de manera provisional. Y surgen los primeros embriones de las futuras ciudades. El sedentarismo facilita igualmente la aparición de la cerámica. Serán fundamentalmente estas tres notas, domesticación de los animales (oveja, cabra, vaca, cerdo), cultivo de las plantas (trigo, cebada), aparición de la cerámica, las que caractericen el tipo de vida del hombre durante esta etapa que llamamos Neolítico, y que tampoco tenemos hasta ahora localizada en nuestro valle más que en el conjunto de cuevas del Castañarejo, cercano a las de El Águila, en el

Arqueología del Valle de Tiétar





Dolmen (Lanzahíta).

término de Arenas de San Pedro, en las que se han recogido fragmentos de cerámica decorados con unguilaciones e impresiones propias de este periodo. Más frecuentes, pues aparecen en diversos puntos a lo largo de todo el valle, son las hachas de piedra pulimentada, que si bien es cierto no son primitivas del Neolítico, también lo es que entonces tuvieron sus primeras manifestaciones, hasta el punto de dar nombre a toda esta etapa cultural.

Habrà de pasar al menos un milenio más para que tengamos las primeras constataciones arqueológicas de la presencia estable del hombre en nuestro valle. Y a partir de entonces, más o menos frecuentes, ya no faltarán nunca.

Se inicia este proceso con el descubrimiento de los metales, primero el cobre; después el bronce, como mejora de aquél, finalmente el hierro, que nos traerá hasta la época romana. Y de la mano de Roma entraremos en la Historia.

## 2. Calcolítico y La Edad del Cobre en el Valle del Tiétar

El descubrimiento del cobre implica no sólo la introducción de los primeros elementos metálicos en la vida del hombre, sino un cambio social que se manifiesta sobre todo, en el ritual de enterramiento. Esto no será ya individual, como hasta entonces, sino colectivo, seguramente por clanes; pues son evidentemente grupos

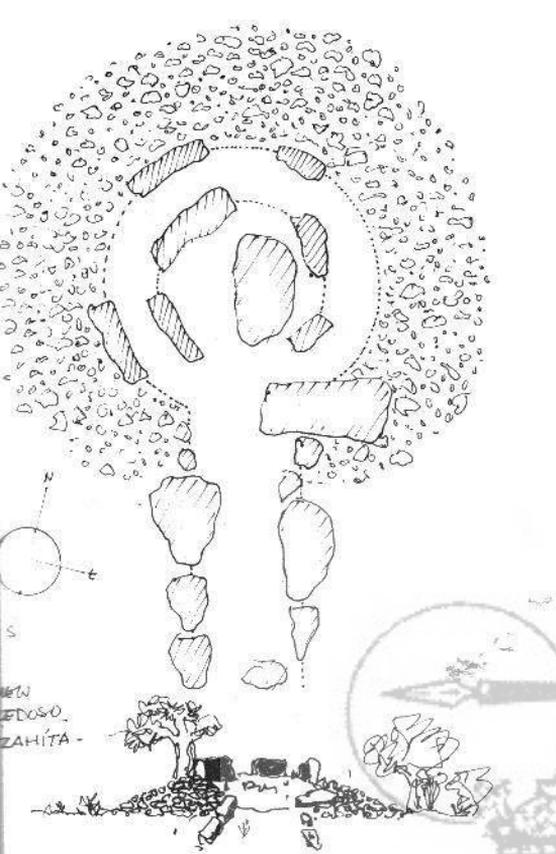
superiores a la familia los que vemos enterrarse, desechadas las cuevas del Neolítico, en grandes monumentos construidos por la mano del hombre, lo que implica cierto grado de jerarquización y organización social, en los cuales deposita los cuerpos de sus muertos, colocando al lado de ellos determinados materiales, el ajuar que se piensa puede necesitar en la nueva vida, la urna de cerámica, el hacha de piedra pulimentada, o quizá ya de bronce, el ídolo, la punta de flecha o el cuchillo de sílex, el punzón de hueso, etc. Hasta nosotros sí han llegado, procedentes del valle del Tiétar, restos de algunos de estos elementos, de monumentos y de ajuares.

Los monumentos suelen estar unas veces semiexcavados en el suelo, otras levantados sobre él. Se construye una cámara funeraria, a la que se accede por un corredor más o menos largo. Se techan ambos por medio de grandes piedras. Y se cubre el conjunto con un túmulo de tierra. A su alrededor un círculo de piedras para evitar sin duda su erosión.

No se ha excavado hasta ahora en nuestro valle ninguno de estos monumentos, pero Molinero (1958) nos dice haber conocido restos de uno de ellos entre Candelada y Madrigal de la Vera, en las inmediaciones de El Horco, e incluso recogido algunos materiales, sobre todo pequeñas laminillas de sílex, entre las tierras procedentes de su relleno. La presencia de este monumento no sería de extrañar pues tenemos alguno a pocos kilómetros, en Navalcán, recientemente excavado, y otros, quizá todavía intactos, aguas arriba del Tiétar, en los términos de La Iglesiasuela y Lanzahíta, junto al arroyo Robledoso.

No conocemos, por el contrario, en nuestro suelo ningún asentamiento estable de gentes del Calcolítico, ni en cuevas, que ahora se abandonan, quizá por una mejoría en la evolución del clima, ni al aire libre.

Recordamos, no obstante, como testimonio de su presencia y actividad en él, las numerosas hachas de piedra pulimentada, que hemos visto aparecer en el Neolítico, pero que continuarán ahora y a lo largo de las Edades del Cobre y del Bron-



Dolmen Robledoso. Lanzahíta

ce, para seguir utilizándose posiblemente incluso en la del Hierro.

Muy escasas, como en todos los yacimientos calcolíticos, pero de enorme interés arqueológico, por la problemática que implican, son las cerámicas pintadas, que tenemos presentes en lugares cercanos a nosotros, en Las Herencias, en tierras de Toledo. Son muy similares a las que, por esta misma época, ofrecen los conocidos yacimientos de Los Millares, en Almería, Valenciana de la Concepción, en Sevilla, o Vila Nova de San Pedro, en la desembocadura del Tajo, desde donde llegarán a la Meseta el conocimiento y modo de trabajar el metal

### 3. La Edad del Bronce en el Valle del Tiétar

No se pueden poner fechas precisas para separar la Edad del Cobre de la del Bronce. Depende de las zonas. Y la nuestra es una de las más arcaizantes, lo que resulta nor-

mal si tenemos en cuenta su alejamiento de los grandes focos de irradiación cultural. Pero parece estar claro que hacia el 2000 a.C., o poco después, el bronce ya se conoce entre nosotros. Y será éste el metal que fundamentalmente se utilice a lo largo de todo el segundo milenio para producir hachas y, en menor cantidad, sobre todo en relación con la llamada cultura campaniforme, pequeños puñales de lengüeta y puntas de flecha de largo pedúnculo, de los cuales no conocemos ninguno procedente de nuestro suelo, como tampoco de sus típicas cerámicas, el elemento más significativo sin duda, de este momento. No conocemos más que uno de los llamados brazales de arquero, que suelen acompañar a los materiales citados en los yacimientos campaniformes, encontrado en "El Cerro" de Gavilanes (Martino, 1995).

Al final del periodo, a caballo ya sobre el cambio de milenio, aparecen las largas espadas de empuñadura calada, las puntas de lanzas de cubo para emangar las astas, las fuertes hachas de talón y anillas laterales. Son ya elementos que nos hablan de relaciones con otros pueblos, quizá de la llegada de nuevas gentes. Unos vienen de Centroeuropa. Son pueblos de origen celta. Otros del otro lado del Mediterráneo. Los fenicios se asentarán fundamentalmente en el Sur. Fundan Cádiz, según los documentos escritos, en el 1.100 a.C., aunque no hay testimonios arqueológicos anteriores al s. VIII. Los griegos lo irán haciendo con posteridad por Levante. Se intensifica al mismo tiempo el comercio con los pueblos atlánticos. Llegan, pues, a la Península influencias desde diversos puntos del exterior. Y todas tendrán su reflejo con mayor o menor intensidad, en la Meseta.

Prácticamente desapercibidas pasan en nuestro valle las influencias atlánticas. No ha aparecido en él ninguno de los elementos que las caracterizan. Solo tenemos, procedente una de los niveles superficiales del poblado de El Raso de Candelada (Fernández, 1986), y otra de "El Cerro" de Gavilanes, dos puntas de lanza de unos tipos que son muy frecuentes en el

conjunto de la Ría de Huelva, por lo que hemos de pensar que no han venido a la Meseta desde las costas occidentales de la Península, sino más bien siguiendo el milenarísimo camino de Sur a Norte que por entonces pudo tener sus comienzos, y que ha llegado hasta nosotros con el nombre de Camino de la Plata, de enorme trascendencia cultural a lo largo de la Historia. Por él pudieron venir esas puntas de lanza del Bronce Final, y por el vino sin duda también, un tipo muy peculiar de brazaletes o ajorcas de bronce, adornados con lo que se han llamado colgantes amorcillados, aunque no son propiamente colgantes sino anillos que se insertan en el vástago principal en número variable, a veces muy numeroso. Es elemento indígena, de las tierras del Suroeste, desde donde llega a la Meseta, en la que habrá de perdurar, evolucionando, en el sentido sobre todo de perder su macidez y quedar reducidos a una sencilla lámina envolvente, durante varios siglos. Se han encontrado elementos sueltos de estos brazaletes en El Raso de Candeleda, y ejemplares que podemos considerar completos, en el poblado de La Pinosa, junto a la Garganta Las Torres, al Sur de Mijares.

De la presencia activa del hombre en este periodo del Bronce en sentido amplio, tenemos también en nuestra tierra el testimonio de las pinturas rupestres de Arenas de San Pedro y El Raso, y los restos de los poblados del Prado de La Carrera y Los Castillejos de Chilla, en Candeleda, el Cerro Castrejón, en Villanueva de la Vera, o el de La Cabeza del Oso en El Real de San Vicente.

Las pinturas son de tipo esquemático y, como la mayor parte de ellas, de interpretación difícil. Ambos conjuntos fueron descubiertos en los años 30 por un joven erudito de la tierra, Fulgencio Serrano, en pleno monte. Uno camino de las cumbres de Gredos, más allá de El Raso. El otro entre Arenas de San Pedro y Poyales del Hoyo, en la zona de La Herrezuela o La Dehesilla, en un frondoso pinar a la altura de la carretera de Guisando.

Desaparecido prematuramente su des-

cubridor, como consecuencia de la guerra civil, se perdió todo rastro de ellas, excepto la noticia de su existencia, que constaba entre los papeles que dejó escritos. Basados en ellos ha podido ser localizado en conjunto de El Raso en la, por algún motivo, llamada Peña Escrita, en el Collado del Milano, al borde de la carretera forestal que se dirige hacia la sierra, en cuyas obras podían haber sido destruidas inadvertidamente.

Están realizadas sobre la cara occidental, casi vertical, de un gran bloque de granito, y presentan, en color rojo, un grupo muy esquemático de antropomorfos, en posición estática, al lado de una especie de retícula cuadrangular, en los paralelos de la cual unos han querido ver una representación de una trampa y otros han llegado a imaginar hasta un santuario.

Las pinturas de Arenas de San Pedro no han podido ser localizadas hasta ahora, a pesar de haber sido intensamente buscadas por la zona indicada. Tenemos, sin embargo, una pequeña fotografía en blanco y negro que de una de ellas hiciera su descubridor, y si alguien pudiera localizarlas, si es que, con menor fortuna que en Candeleda, no han sido destruidas o han quedado enterradas en similares obras de caminos y cortafuegos a través del monte. También pensamos en la posibilidad de que hayan sido "trasladadas de lugar" por algún aficionado o coleccionista, pues las piedras no parecen ser demasiado grandes ni las pinturas hallarse demasiado escondidas para pasar desapercibidas durante tantos años.

Como vemos, se trata también aquí de pinturas, quizá grabados repintados, muy esquemáticos, que parecen simples geometrismos. A primera vista no se descubren en ellas figuras antropomorfas ni zomorfos. Serían los típicos signos de probable contenido mágico-religioso de toda esta pintura rupestre postpaleolítica.

Los poblados están, todos los que conocemos, sin excavar. Sólo los furtivos han realizado en ellos algunos hoyos y, por lo que puede deducirse, con no demasiada fortuna, pues no se observan en-

tre las tierras extraídas ni siquiera fragmentos de cerámica que puedan orientarnos con cierta seguridad sobre el periodo cultural a que pertenecen. Por su aspecto, no obstante, nos atrevemos a situarlos en este momento del Bronce.

Del de El Prado de la Carrera no se observa más que los restos de lo que podrían ser los cimientos de su muralla, actualmente enterrados, pero que se manifiestan al exterior como si se tratara de una calzada enterrada, de donde procede su nombre. Se halla al pie de Los Hermanitos de Chilla, dos cumbres gemelas de la vertiente meridional de la Sierra de Gredos, a 1235 m. de altitud.

El poblado de Los Castillejos se halla por aquella misma zona, pero a una cota más baja, hacia los 800 m., muy cerca del santuario en que se venera a la Virgen de Chilla, patrona de Candeleda. Sus fortificaciones se observan con claridad en algunos puntos, incluso alineamientos de piedras que quizá indiquen la presencia de casas, las cuales podrían haber perdurado hasta bien entrada la Edad del Hierro.

El poblado del Cerro Castrejón, en Villanueva de la Vera, es de menores dimensiones que el anterior y se halla en su mayor parte oculto bajo una espesa vegetación de jaras. Ocupa una posición estratégica junto a la Garganta Michones, y se protege además con potentes defensas, construidas a base de grandes bloques de piedras en unas zonas y en otras de mampostería de menor tamaño que, por los días en que nosotros tuvimos oportunidad de visitar el poblado, acababan de ser bárbaramente destruidas en parte de su perímetro con el fin de aprovechar las piedras para determinadas obras del casco urbano actual.

En el poblado de "El Cerro", de Gaviñanes, sería enormemente interesante poder realizar excavaciones arqueológicas sistemáticas, pues se observan en él, rodeadas por la muralla cubierta de tierra, pero perfectamente visibles, numerosos restos de cabañas circulares, en el interior de alguna de las cuales se han recogido fragmentos de cerámica a mano, pintada de

rojo vinoso, que nos hablan de esta época final del Bronce, y que intentaría constatar si conviven o no con las otras cerámicas típicas de este momento, las llamadas Boquique, nombre de la cueva, cercana a nuestro valle, en tierras de Plasencia, donde fueron halladas por primera vez, y las excisas, de las cuales no se han hallado hasta ahora aquí ningún fragmento, aunque estamos convencidos de que una prospección más intensiva las proporcionaría.

Casas circulares observamos también en un poblado situado entre Ramacastaña y Mombeltrán, junto a Arroyocastaño, y en otro ubicado al Norte de Piedralaves, sobre una elevación de terreno cuyo topónimo exacto no hemos podido averiguar.

Es clara, por tanto, la presencia activa del hombre en el Valle del Tiétar en esta época de la Edad del Bronce. A finales de este periodo nos llegan desde el Sur, a través de los tartesios, los influjos culturales de fenicios y griegos, y desde el Norte los de los pueblos centroeuropeos. Tanto unos como otros conocen el hierro y practican un nuevo ritual funerario, el de la incineración. De ellos lo tomarán los indígenas, que ahora comienzan a ser conocidos como pueblos diferenciados. Nuestra tierra aparece ocupada por los vettones, mezcla, a lo que parece, del sustrato indígena con gentes procedentes del bajo Rhin, los eburones, el radical de cuyo nombre se conserva en algunos topónimos, Eb/vora, y antropónimos, Ebureinius, de nuestra tierra.

De los fenicios tenemos en Las Planas, entre Madrigal y Villanueva, un testimonio de enorme interés, un jarro ritual de bronce, de asa trilobulada, rematada por la parte superior en sendas cabezas de serpientes que reposan sobre el labio de la vasija, de un tipo muy conocido en otros lugares de la Península con influencias orientalizantes.

Suelen estar estos jarros acompañados de ciertos aguamaniles, llamados "braserillos" con asas, sujetando a las cuales aparecen con frecuencia plaquitas en forma de manos abiertas de dedos largos y jun-

tos. No ha llegado hasta nosotros ningún ejemplar completo procedente del valle, pero sí tenemos, hallada en El Raso, una de esta manos que evidencian que los hubo.

Algo posterior a este jarro fenicio, pero sin duda traído también por ellos mismos, es una pequeña figurita etrusca que constituye uno de los pocos testimonios arqueológicos que de este sugestivo pueblo ha llegado a la Península. Representa a una mujer, recostada sobre el lado izquierdo, con las piernas recogidas, como sentada ante un triclinium. Se toca con el *tutulus* y mantiene en la mano derecha una especie de platillo o manjar.

Son todas estas piezas testimonio de la existencia de relaciones comerciales con pueblos lejanos, de mayor cultura, los cuales, evidentemente no las trajeron por sí mismos a la Meseta, sino a través de los indígenas establecidos en el Sur peninsular, ya los propios tartesios, ya más bien hombres de la Meseta que se desplazarán al Sur y, a cambio de no sabemos qué materiales, quizá oro, pieles, mantos, nos traieran estos otros. Es posible que ni siquiera fueran producto de relaciones comerciales, sino simplemente laborales, pues sabemos que los tartesios utilizaron desde muy temprano en los trabajos mineros más rudos y en sus tropas de mercenarios célticos procedentes de la Meseta, los cuales fueron a unirse a los que con anterioridad se habían establecido allí, y todos los cuales dejaron en el Sur testimonio de su presencia en materiales arqueológicos, topónimos, antropónimos, e incluso teónimos.

A mediados del s. VI a.C. puede fecharse el jarro de Villanueva. De finales de esa misma centuria podría ser la figurita etrusca de El Raso. Y las relaciones siguieron en siglos sucesivos entre las gentes del exterior y las de nuestro valle. Pues del s. V tenemos, recogido en el ajuar de una tumba de este último yacimiento, un ungüentario de vidrio policromo de núcleo de arena, de fabricación egipcia, y en el de otras dos copas de cerámica de barniz negro de origen griego, del s. IV. Importadas son también sin duda las numerosas cuentas de collar de pasta vítrea recogidos

formando parte de los ajuares femeninos de otras tumbas de ese mismo siglo y del siguiente.

Es esta necrópolis de El Raso uno de los más ricos yacimientos de toda la cuenca. Esconde centenares de tumbas de incineración. Los muertos son quemados en la pira funeraria. Sus huesos, una vez lavados, se depositan en una urna de cerámica, y se coloca ésta en el suelo, en un hoyo, junto a las piezas del ajuar personal y a los vasos de ofrendas. El conjunto se cubre con lajas de piedra para protegerlo.

El ajuar personal lo componen principalmente, según los casos, instrumentos de trabajo, sobre todo fusayolas, armas, espadas, puñales, escudos, etc., objetos de adorno, broches de cinturón, fíbulas, brazaletes, cuentas de collar, y vasos de cerámica, unos a mano, otros a torno, aquéllos frecuentemente decorados con motivos incisos a peine, los últimos lisos o con motivos impresos.

Ajuares similares a los de El Raso se han encontrado en terrenos hoy cubiertos por las aguas del Pantano de Rosarito, en las inmediaciones de Madrigal y en las de "El Cerro", de Gavilanes, denunciando la existencia de necrópolis contemporáneas.

Los poblados a que pudieron pertenecer, en unas ocasiones los conocemos y en otras no. Conocemos el de El Raso, situado a las afueras del actual. El del Rosarito pudo estar en el inmediato Cerro Castrejón, cerro amesetado y fortificado, pero en el que ningún resto se observa en superficie, quizá por la densa vegetación de árboles y maleza que le cubre. El de "El Cerro" de Gavilanes estuvo allí, en el propio cerro, también amesetado, defendido por un foso, y densamente cubierto también, éste de pinos, que dificultan la observación de los restos. Otro castro hay, de grandes dimensiones, en La Iglesiasuela, muy cerca del dolmen que citábamos al principio. Le llaman "Los Castillejos", como es frecuente. Y otro bajo el castillo de La Adrada. Dos más todavía por esta zona. Uno en Lanzahíta y en Santa María del Tiétar, los dos sobre cerros de nombre muy repetido, Castrejón. En el de Santa María es fácil observar a simple vista, como en el

de El Raso, restos de casas de planta cuadrada. En ninguno de ellos se han realizado, sin embargo, hasta la fecha, excavaciones arqueológicas, por lo que son pocos los datos concretos que sobre ellos podemos aportar. Sólo dejar constancia de su existencia.

#### 4. La Edad del Hierro y la Romanización en el Valle del Tiétar

En este periodo de la Edad del Hierro es posible que perduraran también algunos poblados que inicialmente hemos considerado de la Edad del Bronce. Citábamos más arriba el de Los Castillejos de Chilla, de Candeleda. Y podrían estar en el mismo caso el de La Pinosa (Martino, 1997), en Gavilanes, el situado al Norte de Piedralaves, y el recientemente descubierto en La Adrada.

El s. III a.C. es un siglo de crisis para la Península. Los cartagineses se han establecido en ella, y aquí organizan un ejército que parte hacia Italia a través de lo Piri-

neos. Para hacerles frente, alejando la guerra de su país y cortando las fuentes de aprovisionamiento del enemigo, llegan aquí los romanos. Y aquí establecerán uno de los escenarios de sus confrontaciones bélicas a lo largo del último cuarto del s. III a.C..

No sabemos en qué medida nuestras tierras se vieron directamente afectadas por estos enfrentamientos y los que habrían de seguir, pero sí que sus gentes quedaron involucradas en ellos, sufrieron sus consecuencias y participaron en las luchas, ya en un bando ya en otro.

Sabemos que hacia el 220 a.C., antes de partir para Italia, Aníbal hizo una incursión hacia Salamanca para someter a las tribus indígenas y reclutar mercenarios para su ejército. No conocemos el itinerario que siguió ni el resultado de su viaje. Pero sí tenemos, coincidiendo con esa fecha, en algunos lugares, por ejemplo en El Raso (Fernández, 1997), niveles de incendio ocupando las viviendas. Aquí incluso parece que el poblado antiguo, abierto, asentado no lejos del Tiétar, es destruido y



Vista aérea del castro de El Raso (Candeleda).

no se reedifica nunca, pues, cuando se levanta de nuevo, lo hace incrustado al pie de la Sierra, junto a una de sus gargantas, en un lugar de fácil defensa y con fuertes fortificaciones. Los indígenas del valle se han dado cuenta de que las circunstancias han cambiado de manera drástica. Y se preparan para la lucha. Una lucha que durará casi dos siglos, pues la derrota y expulsión de los cartaginenses, el 202 a.C., no significa la salida de los romanos de la Península, sino todo lo contrario, el comienzo de la lucha por la conquista de una tierra cuyas riquezas, sobre todo las del Sur y Levante, habían tenido oportunidad de conocer durante la guerra.

Poco después del 200 a.C., los romanos deciden cruzar el Tajo. En el 193 parece tener lugar el primer enfrentamiento, y derrota, de los indígenas, una coalición de vettones, vacceos, y celtíberos contra ellos. Fue en las inmediaciones de Toledo. Y a partir de entonces, y durante un siglo y medio, las luchas serán casi continuas. De indígenas contra romanos, en defensa de su libertad y su identidad como pueblo, y de romanos entre sí, apoyados en indígenas, en defensa normalmente de intereses personales.

Por nuestras tierras anduvo Viriato y en ellas se dice buscó refugio, en una ciudad asentada sobre un monte cubierto de olivos que se ha querido localizar en la Sierra de San Vicente, muy cerca del Tietar.

En tropas indígenas se apoyó asimismo Sertorio en su oposición al Senado. Y en ellas también Pompeyo y Cesar en sus enfrentamientos mutuos para alzarse con la hegemonía que había de terminar, a la larga, con la República para dar paso al Imperio.

De todos estos años tenemos testimonios arqueológicos en nuestro suelo (Martino, 1997). Indígenas y romanos. De los primeros, algunos poblados fortificados que nos ponen casi en contacto directo con ellos, pues nos permiten franquear sus murallas, pasear por sus calles, e incluso entrar en sus casas, ya que éstas, una vez abandonadas, no volvieron a ocuparse nunca, y fueron quedando progresivamente enterradas en sus propios escom-

bros. Al liberarlas ahora de ellos, se nos muestran tal como eran entonces, con sus porches cubiertos a la entrada, sus habitaciones de trabajo, sus despensas, y, siempre en el núcleo de la casa, como lugar más íntimo donde se desarrollaba la vida de familia, la cocina, con el hogar en el centro y, adosado a la pared, el banco en que los romanos nos dicen solían los indígenas hacer sus comidas. Alrededor de estos hogares transcurrieron los últimos años de la vida de un pueblo, pues, acabada la guerra, la derrota significará su dispersión y absorción por el vencedor.

Del interior de estas casas, en el poblado de El Raso (Fernández, 1997), estamos recogiendo nosotros numerosas cerámicas, ahora fabricadas ya casi exclusivamente a torno, tanto vajilla de mesa como de cocina y despensa, y herramientas para trabajar la tierra, la piedra, la madera, el cuero, etc.. Son hachas, piquetas, alcotanas, martillos, hoces, sierras, tenazas, limas, etc., etc.. Unas similares a las de nuestros días. De otras ni siquiera podemos saber para que fueron utilizadas. Pero todas siempre de hierro, con mangos frecuentemente de madera, lógicamente perdidos. El bronce se emplea ya sólo, como la plata, para objetos de adorno, sobre todo fibulas, nuestros imperdibles de hoy, para sujetar sus pesados mantos de lana, el "sagum", que tanto gustaba a los romanos que lo exigían a los indígenas como impuesto, lo mismo que los caballos. Suelen ser muy frecuentes, tanto en las casas como en las tumbas. Algunos ejemplares son de plata. Uno de ellos apareció en un tesoro que había sido escondido, para librarlo sin duda de la rapiña romana, en el subsuelo de una de las viviendas, con un torques, una pulsera y un brazaletes realizados por orfebres indígenas (Fernández, 1979). Y cinco denarios romanos republicanos que nos indican que el escondrijo había tenido lugar poco después del 45 a.C., en época de Cesar, al que correspondía la acuñación de la moneda más moderna.

Dentro de este contexto habría que incluir los tres torques de oro, envueltos en espiral, hallados también en El Raso. Ha-

bían sido escondidos en la tierra, aunque a cierta distancia del poblado. Y allí los encontró un agricultor mientras araba su campo. Dos de ellos se guardan hoy en una colección particular de Candeleda. El tercero fue fundido y reutilizado poco después de su hallazgo.

Y no es el de El Raso el único poblado indígena que llega hasta esta época. Es simplemente el único en que se ha excavado de manera sistemática. Pero estamos seguros de que los demás, todos los que citábamos más arriba, y los ubicados en Castillo de Bayuela y El Real de San Vicente, y en Las Planas, entre Madrigal y Villanueva, ofrecerían en su mayor parte, en caso de ser excavados, resultados muy similares.

Los denarios de El Raso a que nos referíamos anteriormente, no son los únicos testimonios romanos que tenemos en nuestro suelo. Tenemos también cerámicas, del tipo de "paredes finas", de época republicana, y fragmentos de espejos, y fíbulas de las llamadas "en omega", y fragmentos de ánforas que nos indican fueron utilizadas por los indígenas, lo mismo que las tégulas, nuestras tejas, de las que hemos visto ejemplares no solo en El Raso sino en las mismas márgenes del Tietar, en tierras cubiertas hoy por las aguas del Pantano de Rosarito. La pieza de mayor interés quizá sea el balsamario de bronce con figura de fauna, encontrado a finales del siglo pasado en Arenas de San Pedro, que se guarda en el Museo Arqueológico Nacional. Podría proceder, quizá, de "Los Llanos", de donde sabemos se han recogido recientemente algunas monedas romanas y fragmentos de sus típicas cerámicas sigillatas. Monedas y elementos romanos constructivos, columnas, capiteles, ladrillos, se han recogido también de la zona de La Mina, El Cerro (Martino, 1997), Las Torres del termino de Gavilanes (Martino, 1995; Chavarría & González, 1996), Roblellano, Las Gorroneas en Mijares (Martino, 1997), Cantogordo en Pedro Bernardo, Las Vegas en Lanzahíta, La Dehesilla en Ramacastañas, Los Llanos en Arenas de San Pedro, Los Gorroneas en Poyales del Hoyo, etc., todos ellos en las márgenes del río.

Los indígenas vivían entonces funda-

mentalmente de la agricultura y la ganadería, lo mismo que hoy. Y algunos también de la metalurgia y la minería. No conocemos el emplazamiento de alguna mina antigua. Sólo algunos topónimos "La Mina". Uno acabamos de ver en Gavilanes. Otro "La Mina" hay cerca de Mombeltrán. Un tercero junto a los Hermanitos de Tejea, en Candeleda. Y tenemos el testimonio de una intensa actividad metalúrgica que ha perdurado hasta época moderna en nuestro valle, en parte conocido como "las Ferrerías de Avila".

De la antigüedad de esta actividad nos habla la presencia de escorias, e incluso hornos de fundición, en la mayor parte de las casas del poblado de El Raso. De su intensidad los enormes escoriales acumulados en "El Gorrional", de Poyales del Hoyo, en Candeleda, en la zona de El Alcaldillo y en terrenos de Postoloboso (Fernández, 1974). También más dispersos, en "Los Llanos" de Arenas de San Pedro, y por tierras de Gavilanes (Martino, 1995), donde se han encontrado asimismo gran cantidad de mazas de hierro y algunas hachas de hierro que han hecho pensar incluso, por la presencia de restos de una muralla, en la existencia de un pueblo minero. Los vettones de nuestra tierra fueron, pues, capaces de fabricar sus espadas y sus lanzas, sus escudos, sus martillos y sus hoces.

Los indígenas comienzan en esta época a escribir. Y lo harán desde un principio en latín, pues de los romanos lo aprenden. De escritura anterior no nos ha quedado ningún testimonio. No debió existir nunca.

Escritos en latín tenemos diversos nombres de indígenas y, en ocasiones, de las familias a las que pertenecían. Los más antiguos deben ser los que aparecen escritos en algunas vasijas de cerámica del poblado de El Raso, para indicar no sabemos si el nombre del propietario de la casa en que se halló o del alfarero que torneó la vasija, a modo de marca. En un vaso de provisiones de gran tamaño se lee, en su hombro, A. NORC. En otro con E arcaicas, NEGEL. En algunos sólo iniciales, posibles F. Son los primeros balbuceos de

escritura que los indígenas seguramente han visto por primera vez en las monedas romanas. Y al adoptar su lengua adoptan también su modo de expresarse. Y hasta su manera de dirigirse a la divinidad.

Su religión, en un principio, debió ser naturalista. Adorarían seguramente al sol, del que se sabían dependientes y al que vemos frecuentemente representado en sus cerámicas de la Edad del hierro, a la luna, en cuyo honor pasaban las noches de plenilunio bailando a las puertas de sus casas, a los montes, en cuyas cumbres veían desatarse a las fuerzas de la Naturaleza, a los árboles, sobre todo al roble, en el rumor de cuyas hojas creían oír la voz del dios, a la lluvia, que unía el cielo con la tierra y la dejaba fecundada, etc., etc..

Tuvieron después dioses personales, cuyo carácter no conocemos, pero a los que comenzaron a dirigirse en latín y hacerles ofrendas al modo romano, por medio de aras votivas. En nuestro valle éstos dioses fueron fundamentalmente dos, Ataecina y Vaelico.

De un posible culto a Ataecina no tenemos más referencia que la presencia de una cabrita de cerámica recogida en una tumba de El Raso, y la representación de otra en la empuñadura de un puñal de bronce, quizá ritual, encontrado en superficie. Dado su carácter de diosa nutriz, se la ha asociado normalmente a este animal, tan frecuente y de tanta importancia económica, por otra parte, en estas tierras hasta nuestros días.

Las referencias a Vaelico o Velico son más claras y numerosas, pues a él dedica los indígenas numerosas aras "ex voto", en cumplimiento de una promesa. Así Ebu-reinius, hijo de Orundo, de la familia de los Caraecicos; y Ulantio, que a su nombre indígena han antepuesto ya un Caio romano, de los Pintolancos; y Atta, hijo o hija de Boutio, de los Menetoviecos; y Fentia, y Marcia Helene, no sabemos si una romana afincada en el poblado, lo que parece extraño, o una indígena profundamente romanizada.

Todos ellos dedicaron altares votivos a Velico, un dios quizá salvador, o simplemente curativo, o que pudo estar relacio-

nado con las actividades metalúrgicas o mineras, a juzgar por el emplazamiento de su santuario, en la confluencia de la garganta Alardos con el Tiétar, frente a las más altas cumbres de Gredos, en un lugar de enorme belleza, con aguas abundantes, de donde se han extraído y aún pueden encontrarse grandes cantidades de escorias, y donde, sobre todo, la sensación de la presencia de la divinidad es tan intensa que, llegado el cristianismo, el santuario no desaparece, sino que se cristianiza, y en el lugar se levanta una ermita, en cuyos muros se integran algunas de las anteriores aras votivas. Se dedica a San Juan, como era frecuente en los primeros tiempos del cristianismo y acredita el nombre de la colonia inmediata, la Cabeza de San Juan.

La ermita de aquellos primeros tiempos, de la que han llegado hasta nosotros algunos elementos en piedra, sobre todo una cruz patada que debió hallarse en el hastial y un relieve decorativo con roleos, quedó sin duda destruida con la llegada de los árabes y el consiguiente abandono. Pero, expulsados éstos de la zona por los reyes cristianos, volverá a reedificarse, ahora en estilo gótico. Así, con algunos añadidos modernos ha llegado hasta nosotros, aunque todo muy mal conservado, como consecuencia de otro abandono, el que siguió a las desamortizaciones del siglo XIX. Pero hasta entonces tuvo culto, dedicada sus últimos años, quizá sus últimos siglos a la veneración de un santo monje, un San Bernardo de Candeleda, cuyos restos reposan actualmente en la ermita de San Blas de esta última villa.

Fue San Bernardo abogado contra la rabia, y a la ermita cada año llevaban los lugareños sus perros para que quedasen preservados del mal. Allí eran herrados, junto a una gigantesca piedra en forma de falo, clavada vertical en el suelo, donde aún puede verse. Es probable que sea de época prehistórica y pueda ponerse en relación con ritos de fecundidad.

En el interior de la ermita y a su alrededor se enterraron algunos fieles a lo largo de la Edad Media y también en la Moderna. Allí se conservan sus sarcófagos y sus tumbas.

Al otro lado del río había de fundar San Pedro de Alcántara, a principios del s. XVII; el monasterio de El Rosarito, el cual yace también en el abandono desde el pasado siglo, aunque mantiene en pie sus muros principales y el arranque de la cúpula que cubrió el crucero de la iglesia, obra al parecer de Ventura Rodríguez, y parte del claustro, por el que sin duda paseó el santo. Hasta él, dice la tradición, llegó en alguna ocasión tras cruzar el río sirviéndose de su capa como si fuera una barca. Es aquél, por tanto, su lugar sagrado. Lo ha sido desde la prehistoria.

Relacionados con la tradición están también sin duda los conocidos verracos, esas toscas esculturas de toros y cerdos, o jabalíes, que vemos fundamentalmente por todo el ámbito de los vettones, y que tienen en el término de El Tiemblo, una de sus más espectaculares representaciones en los conocidos toros de Guisando, nombre que nada tiene que ver con el pueblo que aguas abajo lo lleva, junto a Arenas de San Pedro, sino con el monasterio y la venta donde se firmara el tratado que permitió a Isabel ser reina de Castilla.

Allí se conservan cuatro magníficos ejemplares de estos enigmáticos verracos, sobre los cuales tanto se ha escrito tratando de averiguar su origen, su cronología y su finalidad, sin que ninguno de estos interrogantes haya encontrado todavía respuesta satisfactoria para todos.

Su origen lo han puesto unos en relación con los pueblos centroeuropeos que vienen a la Península, y han encontrado allí sus mejores paralelos. Otros con las conocidas esculturas de leones ibéricos, con las que formalmente tienen sin embargo muy poco que ver. Para otros, entre los que nos encontramos, son una creación de los pueblos vettones, y no tienen con los anteriores más relación que su finalidad y su cronología, y ambos en términos muy generales.

Su finalidad es evidentemente religiosa, y ha podido sufrir a lo largo de los siglos una evolución, que no sufren formalmente pues siempre son iguales. Animales en pie, parados, de realización muy esquemática, hasta el punto de haberse querido

ver a veces en ellos representaciones de osos y hasta de elefantes. Se trata siempre además de animales macho, con los órganos sexuales bien definidos. Se ha pensado por ello que pudieran estar relacionados con ritos de fecundidad, o de protección de la ganadería, propios entre pueblos que tuvieron en ella una de sus fuentes de riqueza. Para otros habrían sido mojones en límites de términos, o habrían indicado caminos, rutas para el ganado en un pueblo que practicaba la trashumancia. Todo ello es posible.

Nosotros hemos pensado que pudieran ser simple imagen o símbolo de una divinidad que no conocemos, protectora no sólo del ganado sino de todo el pueblo. Y nos basamos para ello en que, pasados los siglos, en época romana, como indican las inscripciones que a veces los acompañan, algunos ejemplares, nuevos o reaprovechados, se utilizaran como tumbas, no ya como los leones ibéricos, para guardarlas y defenderlas, sino como urnas cinerarias donde quedaban depositados los huesos del difunto, como los mismos pueblos ibéricos habían utilizado a la Dama de Elche, y a la de Baza. Otras veces pudieron estar colocados imlemente encima de la tumba.

Y otras, sobre todo en los siglos iniciales, del IV al I a.C., hasta la conquista romana y la desaparición de los pueblos indígenas como tales, nada tuvieron probablemente que ver con el mundo funerario, al menos nunca se han encontrado en las necrópolis, sino en las inmediaciones de los poblados o en posibles caminos de acceso a ellos. En la actualidad la mayoría se encuentra lejos de los lugares donde fueron hallados, por lo que su interpretación correcta resulta todavía más difícil. Además de los ejemplares de Guisando tenemos en esta zona de la Meseta otros en Piedralaves, Torralba, y Calzada de Oropesa y, de nuevo en Candeleda. Un ejemplar aparecido hace años en El Raso fue posteriormente reaprovechado al parecer en la construcción de una casa.

Las inscripciones latinas aparecidas sobre los verracos no son las únicas de carácter funerario que tenemos en nuestro

suelo. Otra aparece en una estela encontrada formando parte de los muros de una iglesia parroquial de Candeleda, en cuya sacristía se conserva. Está dedicada a un indígena de la familia de los Ambaticos, Vernaculus, hijo de Modesto, probablemente un esclavo. La inscripción nos habla de la existencia de una necrópolis, quizá relacionada con una simple villa rústica, por aquella zona, aunque no conozcamos restos de ningún asentamiento romano estable.

Hablábamos al principio de la Vía de la Plata como ruta de penetración cultural hacia la Meseta desde época prehistórica. Pero este camino no es evidentemente el único. Otros pueden rastrearse por la presencia de puentes antiguos que lógicamente no hicieron más que facilitar un paso que ya se practicaba de otra manera, sobre una corriente de agua. Tenemos en nuestro valle, tan rico en gargantas que bajan de Gredos, diversos puentes dignos de mencionarse, la mayor parte construidos en la Edad Media y relacionados con la trashumancia, el de Rodaja, sobre la garganta Las Torres (Chavarría & González, 1996), en Gavilanes, el de Arenas de San Pedro sobre el Pelayo, el llamado Puente del Muerto, de Candeleda, sobre la garganta Santa María, el de Madrigal sobre la de Alardos, y aún podríamos seguir aguas abajo del Tiétar.

Ninguno parece ser de época romana. No lo es, al menos, la obra que de estos ha llegado hasta nosotros, aunque sea frecuentemente difícil poder asegurarlo. Pero romanos son sin duda los restos, excesivamente reconstruidos a lo largo de los siglos, de la calzada que, a través del Puerto del Pico (Ferrandiz *et al.*, 1987), cruza también la sierra de sur a norte, la cual puede seguirse sin dificultad en algunos trozos de su recorrido, aunque no siempre podamos decir que estamos pisando donde lo hicieron los romanos, pues las obras modernas han cubierto gran parte de lo romano que quedaba. Algunos trechos pueden, no obstante, contemplarse todavía por tierras de Mombeltrán, Arenas, Ramacastañas y Gavilanes.

## 5. Época visigoda en el Valle del Tiétar

A lo largo de la calzada del Puerto del Pico pasarían hacia el norte los influjos cristianos, y a lo largo de ella nos vendrían desde allí los visigodos que, descompuesto el imperio romano y tras diversas luchas entre sí y con otros pueblos hermanos, suevos y vándalos, acabarían proclamando la nueva unidad política y religiosa de España en el III Concilio de Toledo, en el 598, bajo el reinado de Recaredo.

De la nueva etapa también se conser-



Ermitea fortaleza de las Torres

van, procedente de nuestro valle, diversos testimonios culturales, en forma de elementos de adorno personal, sobre todo broches de cinturón de bronce, unos de forma arriñonada con motivos decorativos incisos, otros enriquecidos con cabujones de pasta vítrea policroma. También algunas armas, espadas y pequeños puñalitos, cerámicas, jarritos, páteras de cerámica gris con decoración impresa, que continúan la tradición alfarera tardorromana, y como elemento quizá más significativo y elocuente de la nueva edad, una moneda de oro, acuñada en Evora, un tridente, en el que ya no aparece representado ningún emperador romano, sino un rey visigodo, RECCA-REIDVS, el cual se autocalifica de 'VSTVS'.

La mayor parte de estos materiales proceden sin duda de tumbas, aunque curiosamente no ha sido localizada ninguna necrópolis que haya podido ser sistemáticamente excavada. Una en "Las Torres" (Martino, 1995) de Gavilanes, junto a las ruinas de la iglesia de un despoblado (Chavarría & González, 1996), edificada muy probablemente sobre alguna basilica anterior, de época paleocristiana o visigoda, a cuyo alrededor se colocarían, como lo hemos visto tantas veces, las tumbas de los creyentes. De allí proceden numerosos objetos de adorno personal, monedas, cerámicas y otros materiales tardorromanos y visigodos que inicialmente pudieron formar parte de los ajueres funerarios.

La traición de los hijos del rey Witiza, que los llaman en su auxilio, y la colaboración sobre todo de los judíos que los ayudan en el interior de las ciudades, hace que los árabes se hagan dueños en pocos años de todo el suelo peninsular, excluidas, como había sucedido en un primer momento con los romanos, las montañas del Norte.

Todo cambia de nuevo desde el punto de vista político, con su lógico reflejo en las manifestaciones culturales. Pero éstas no son ahora ni ricas ni elocuentes. Quedan diluidas entre lo anterior y lo posterior, sin que podamos atribuirles realizaciones específicas. A un momento impreciso de esta oscura Edad Media podría pertenecer el despoblado existente en el

término de Montesclaros, con abundantes restos de edificaciones de tipo rústico, con frecuencia poco más que zahurdas, propios de la época, como los fragmentos de cerámica, siempre vulgar, ladrillos y tejas que aparecen en superficie.

Despoblados medievales conocemos también en Mombeltrán (Barba & Pérez, 1996), cerca de la ermita de la Virgen Blanca, en la zona de Astellanos, de Lanzahíta, y en el término de Hontanares, hacia el que se dirigen los restos de una calzada aún conocida como "El Empedrado". En el de Las Torres, de Gavilanes, se han encontrado algunas monedas árabes de plata. Otro despoblado hay en Santa María del Tietar.

Es lógico pensar que las nuevas circunstancias ejercieran también sus influencias en las costumbres, las creencias, la economía, el vestido, el modo de trabajar, etc., etc., y tuvieran su reflejo incluso en algunos topónimos tan claros como Alijares o Guad yerbas, ríos ambos tributarios del Tietar, o, más todavía, Almanzor, aplicado a la cumbre más alta de todo el sistema montañoso, el cual podría haber sustituido al de un dios indígena prerromano, todavía rastreable en la raíz del nombre Cand-eleda, de origen indoeuropeo, de donde pasó al latín y a nosotros, en palabras como cándido, candoroso, incandescente: lo puro, lo blanco, lo que brilla, que cuadra perfectamente aplicado a este techo de la Meseta que tenemos en el centro de nuestro valle, casi permanentemente cubierto de nieves, y de donde le viene a éste, desde la prehistoria a nuestros días, gran parte de su riqueza.

### Bibliografía.

- BARBA MAYORAL, I. & PÉREZ TABERNE-RO, E. "Estudio de los despoblados en el Señorío de Mombeltrán", *Cuadernos Abulenses*, 25 (1996) 211-245.
- BLAZQUEZ, J.M., *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, 1975.
- CHAVARRÍA VARGAS, J.A. & GONZÁLEZ MUÑOZ, J.M. "Las Torres (siglos XIII-XVIII): Evolución histórica de un despo-

- blado del Valle del Tiétar", *Trasierra*, 1 (1996), 79-94.
- FERNANDEZ GOMEZ, F., "Objetos de origen exótico en El Raso de Candeleda (Ávila)", *Trabajos Prehistoria*, 29, Madrid, 1972, pp. 273-294.
- "El santuario de Postoloboso (Candeleda. Ávila)", *Noticiero Arqueológico Hispánico. Arqueología*, 2, 1974, pp. 172-173.
- "Denarios en el castro de El Raso de Candeleda (Ávila)", *Rev. De Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXXVIII, 1, 1975, pp. 437-462.
- "Un tesoro de plata en el castro de El Raso de Candeleda (Ávila)", *Trabajos de Prehistoria* 36, 1979, pp. 379-404.
- "El Raso de Candeleda. Un yacimiento de la Edad del Hierro en la Meseta", *Rev. Arqueología*, 43, Nov. 1984.
- Excavaciones arqueológicas en El Raso de Candeleda (Ávila)*, Ed. Institución "Gran Duque de alba", 2 vols., Ávila, 1986.
- "Problemas arqueológicos del yacimiento de El Raso de Candeleda (Ávila)", *Trasierra*, 2 (1997), 81-95
- FERNANDEZ GOMEZ, F. Y LOPEZ FERNANDEZ, M<sup>o</sup>. T., "Secuencia cultural de El Raso de Candeleda (Ávila)", *Numantia*, III, 1980, pp. 95-124.
- FERNANDEZ GOMEZ, F., ALONSO DE LA SIERRA FERNANDEZ, J. Y LOPEZ FERNANDEZ, M<sup>o</sup>. T., "Evolución y cronología de El Raso (Candeleda, Ávila)", *Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta*, Salamanca, 1984, *Rev. Zephyrus*, XXXIX-XL, 1986-87.
- FERRANDIZ, F., MARTINEZ, J. L., PINEDO, J. y SOBA, R., "La calzada romana del Puerto del Pico, Ávila", *Rev. de Arqueología*, 79, Nov. 1987, pp. 16-24.
- GARCIA Y BELLIDO, A., "Los bronzes tartésicos", en *Tartessos. V Simposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Jerez de la Frontera, 1968, Barcelona, 1969, pp. 163-172.
- GOMEZ-MORENO, M. *Catálogo Monumental de la Provincia de Ávila, 1901*, Ed. Institución "Gran Duque de Alba", Ávila, 1983.
- INVENTARIO de yacimientos arqueológicos de la Provincia de Ávila, patrocinado por la Institución Gran Duque de Alba, de la Excma. Diputación Provincial.
- GONZÁLEZ MUÑOZ, J.M. & TEJERO ROBLEDO, E. *Bibliografía general sobre el Valle del Tiétar (Ávila)*, Ed. Sociedad de Estudios del Valle del Tiétar, Serie Monografías SEVAT, Madrid, 1998.
- DE AYALA-ALVAREZ DE TOLEDO, J., *Catálogo monumental de la Provincia de Toledo*, Toledo, s. f..
- MARINÉ, M. "El patrimonio arqueológico de la Sierra de Gredos", en *Gredos: Territorio, sociedad y cultura* (Coordinador: M.A. Troitiño Vinuesa), Institución "Gran Duque de Alba" & Fundación "Marcelo Gómez Matías", Arenas de San Pedro, 1995, pp. 19-48.
- MARTINO, D., *Historia de Gavilanes, Costumbres y Folklore*, Ed. Ayuntamiento de Gavilanes, 1995.
- "Yacimientos arqueológicos en el término de Mijares", *Trasierra*, 2 (1997), 7-9
- "Yacimientos romanos en el Alto Tiétar", *Cuadernos Abulenses*, 26 (1997), 103-167.
- MOLINERO PEREZ, A., *Los yacimientos de la Edad del Hierro en Ávila y sus excavaciones arqueológicas*, Ávila, 1958.
- "Un bronce etrusco en El Raso (Candeleda, Ávila)", *Archivo Español de Arqueología*, XXXI, Madrid, 1958, pp. 175.
- Historia de Ávila*. Coordinadores: María Maríné ; Ángel Barrios & et al. Institución Gran Duque de Alba-Obra Cultural de la Caja de Ahorros, Ávila, 1995.

## AGRADECIMIENTOS

Los autores agradecen sus amables comunicaciones a D. Carlos Toré, de la zona de Villanueva, D. Fernando Lorente, de Poyales del Hoyo, y D. Eliseo R. Albarrán, de Montesclaros, cuyas informaciones han sido una inestimable ayuda en orden al enriquecimiento de este trabajo.